SINFONÍA ILIPENSE

Julio Velasco Muñoz

Ilustración de cubierta: Parejas de cornucopias entrelazadas. Motivo representado en una de las losas del pavimento marmóreo del edificio de la curia ilipense.

© Del texto: Julio Velasco Muñoz
© Diseño original del dibujo de cubierta: Oliva Rodríguez Gutiérrez
© Recreación del dibujo de cubierta a partir del original: María Dolores Acuña Rubio
Edición no venal
Depósito Legal: SE 3875-2012

Este es el pregón que fue leído
por Julio Velasco Muñoz
el domingo 2 de septiembre de 2012,
a las 22:00 horas, en la Plaza de España
con motivo de las Fiestas Patronales
de San Gregorio de Osset de
Alcalá del Río (Sevilla).

Obertura Dantesca

Recitativo épico

Anduve buscando por las noches claras y los dilatados días la inspiración para acometer este pregón; cierro los ojos y quiero descubrir el lugar donde se encuentra la esencia de Alcalá del Río. Atrapado en un persistente sueño quimérico llego a un enorme valle primigenio: se disipan mis dudas, encontraré en este lugar lo que busco; así que inicio la marcha. Pero heme aquí, que diviso tres bestias que me acometen y me vedan el paso con la intención clara de hacerme retroceder.

Primeramente me asalta una pantera, de pelo lustroso y ojos brillantes, que me lanza aviesas miradas, reconozco en ella a la Envidia, primera de las calamidades que azotan a este pueblo.

Me atemorizo y busco otro sendero, pero en esta nueva ruta me topo con un león enorme y majestuoso, de pelo encrespado que con su envergadura obstaculiza el camino, sé que su pesadumbre no le permitirá moverse del lugar que domina, identifico en él a la Pereza, otra de las grandes plagas que sufre nuestro pueblo.

No cejo en el empeño y doy un rodeo para continuar con mi propósito, y ahora en lo más bello y profundo del valle, una loba, de afilados colmillos, gélida mirada y aguzadas orejas, me otea desde una leve colina, sé que es la Discordia, la gran discordia que

atenaza las mentes de mi pueblo y que junto a sus compañeras lo lastran hacia un vulgar y mediocre destino, y ahora, a mí, me impiden encontrar lo que ansío.

Entonces, en ese momento de desesperación, algo ven mis ojos fatigados a lo que me cuesta dar justo crédito; ante mi aparece la visión de un varón de elegante porte y mirada inteligente que se presenta como Marcos García Merchante y que dice venir en mi amparo enviado por el alma inmortal alcalareña, que es conocedora de mi escepticismo y recelo para con nuestra vieja villa, pero también del inmenso afecto y pasión que siento por mi patria chica, para conducirme al igual que hizo Virgilio con Dante por el infierno, purgatorio y paraíso ilipenses y que así pueda encontrar la inspiración que busco para poder cantar y exaltar esta noche a mi pueblo y transmitir a mis convecinos la ilusión por la fiesta y la alegría.

Merchante me somete a una dura prueba, atravesar el infierno ilipense: tan punzante es la experiencia que me hace expresar con un grito desgarrado si no hubo un solo justo en nuestro pueblo. Mis dudas se acrecientan y no tengo ya motivos para pensar que algún día se pueda terminar con esas maldiciones en Alcalá del Río.

No puedo describir lo que vi en aquellas estancias sin que un profundo ardor me desgarre el cuerpo. Allí están los que se atrevieron a cortar injusta y dolosamente las vidas de los hijos de

Alcalá y que tanto luto sembraron en sus campos, los que esquilmaron sus suelos y legaron hambre para tantas generaciones y los que hicieron verter lágrimas por las sonrosadas mejillas de las alcalareñas.

La mano suave de mi guía me agarra con fuerza y me saca de aquel pozo oscuro al que nunca más quisiera asomarme. Me muestra ahora el camino que tendremos que seguir para alcanzar el empíreo ilipense: un monte escarpado y abrupto donde vagan como almas errantes los cobardes y los pusilánimes.

A lo largo de ese camino reflexiono y pienso que no soy quien para juzgar a nadie y que debo tener esperanza y confianza en la bondad del ser humano, y ello me prepara para la siguiente etapa de mi camino.

Tras haber alcanzado la cumbre de la montaña, se presenta ante nosotros la más inconmensurable galería de personajes que dejaron su huella en Alcalá del Río; su visión me permite redimirme de los funestos pensamientos que me han acompañado hasta llegar aquí y pienso que ellos seguro me ayudarán a encontrar la inspiración que necesito.

Ahora, la mano recia de un jornalero intemporal me ayuda a entrar en esta asamblea permanente de ilipenses: allí me encuentro a los primeros pobladores, rudos habitantes que empezaron a comer de estas tierras y a beber de las aguas salutíferas del Betis, a los

talladores de silex, a cazadores agrestes, a guerreros enterrados con sus espadas, a comerciantes fenicios, a orgullosos turdetanos y a los que grabaron las primeras letras hispanas, aún para nosotros indescifrables.

Por aquí, veo a los titanes de la antigüedad, los que más gloria dieron a este solar: Patricios y plebeyos, esclavos y libertos de la antigua ciudad romana, alguno incluso enterrado con grilletes para que ni en la otra vida olvide su cruel destino, a Urchail Atitta reparando las puertas de la muralla, a los decuriones ocupando sus escaños en torno al primer escudo de nuestro pueblo, cuatro cornucopias enlazadas que simbolizan la abundancia de riquezas que poseyó la antigua Ilipa, a Julio César cabalgando ante los soberbios muros, al patrono Terentiano, a los calpurnio, a los grabadores de monedas que recorrerán el orbe conocido y a los alfareros que con sus suaves manos modelan las ánforas que repletas de amargo aceite llegarán hasta las latitudes más alejadas.

De otra parte aparecen Gregorio, Maruso y Eusebia, semilla de los cristianos de este pueblo, los Abderramanes refinados que convirtieron este valle en un vergel, los vikingos irascibles que no pudieron ceder a la tentación de cambiar éstas por sus frías posesiones. Tras ellos, vienen los reyes de Castilla que se apropiaron de estas tierras, con su nueva sangre y sus viejos linajes.

Ahora, los que saciaron de sangre estos campos: Escipión cobrando a Asdrúbal su mala estrategia, Axafat defendiendo ante San Fernando su paraíso, Guzmanes y Ponces de León pugnando por la esbelta torre mudéjar.

Allí viene la masa ingente de agricultores y pastores, de labradores y ganaderos, de gente del río, hecha de arena, soga y sal, los barqueros esforzados, los avispados mercaderes, los curtidos alarifes y los arrieros corajudos. Los que tuvieron que emigrar a América y a Alemania, los jornaleros cargados de sacos de algodón y las mujeres que bajan por agua al río.

No se esconden los artistas, los que te embellecieron y te hicieron inmortal en mármol, oro y madera, los poetas que te cantaron y los eruditos que por ti se apasionaron; y esa academia de la historia ilipense tan prematuramente incrementada.

Alcalareños y alcalareñas de todos los siglos, ilustres y pueblo llano.

De todos ellos bebí, todos ellos me dieron la justa medida de la esencia de Alcalá, ellos me permiten estar esta noche aquí frente a este público sabio e inteligente con el ánimo tranquilo, ellos me condujeron hasta las diosas inspiradoras.

Musas, genio poderoso, venid en mi favor…

Introito

Señor Alcalde.

Señor Concejal-Delegado de Educación y Cultura.

Querido Miguel, pregonero ex cathedra, presentador y autor de mi semblanza.

Alcalareños, vecinos y amigos.

Buenas noches a todos.

Quiero, en primer lugar, agradecer a aquellas personas que han depositado su confianza en mí para llevar a cabo el privilegiado encargo de ser pregonero de las Fiestas patronales de San Gregorio de este año, espero estar a la altura de mis predecesores y de lo que la ocasión impone.

A mi buen amigo Miguel, quiero darle las gracias de corazón por su ayuda y por sus siempre loables e inmerecidas palabras hacia mí y manifestarle la alegría que me produce el haber podido coincidir con él en años consecutivos en esto de pregonar a nuestro pueblo. Ya el año pasado pude escribir su semblanza e incluso una errata en la revista de feria *(¡Oh tempora, oh mores!)* casi me pone en este atril como su presentador, quizás un vaticinio, quizás una trampa del destino… Muchas gracias, Miguel.

Por supuesto, tengo que dedicar unas sentidas y afectuosas palabras a mi familia que me acompaña en el día a día, especialmente por su compresión y ayuda en este verano de tantos encierros cada vez que recibía la visita de esas musas traviesas.

Igualmente, al público que esta noche se congrega en este marco incomparable y del que solicito la indulgencia de su juicio y al que quiero manifestar que han sido un referente permanente durante el tiempo que he estado preparando este pregón.

Tras los necesarios y justos agradecimientos y debidas palabras de cortesía, quiero declarar que desde el momento en que me comunicaron mi designación como pregonero de las fiestas patronales lo que más trabajo me ha costado ha sido adquirir la suficiente capacidad de convencimiento para animar a mis convecinos a disfrutar de las fiestas en estos tiempos difíciles por los que estamos pasando que algunos no pensaron que volvieran a llegar y que otros ni siquiera pensamos que pudieran conocerse más que como rememoración de relatos de nuestros antepasados.

Por ello quiero dedicar este pregón a todos vosotros, a todos los congregados aquí esta noche, a todos los alcalareños, con el deseo de que podamos disfrutar un año más de las fiestas patronales de San Gregorio.

Va por ustedes, va por los hijos de Alcalá.

Cosmogonía ilipense

Moderato apasionado

Pugnando con el Lucero por despertar al Sol, recibí la fabulosa visita de las Musas, las diosas de la inspiración, que me conducen a un sueño aturdidor en el que escucho cantos prodigiosos y hechiceros en los que, no sin antes declarar que son maestras tanto en decir mentiras con apariencia de verdades como de proclamar la verdad cuando lo desean, me cuentan el origen y nacimiento de nuestro pueblo, nuestra particular cosmogonía ilipense, que dice así:

Habiendo creado la diosa Hera en un lejano rincón del occidente un hermoso jardín, lo puso al cuidado de las ninfas Hespérides, de una belleza arrebatadora, para que el árbol sagrado cuyo fruto otorgaba la inmortalidad estuviera siempre esplendoroso; pero no teniendo plena confianza en ellas por la fragilidad de su compromiso, a pesar de ser deidades, impuso la custodia del Jardín al dragón Ladón, cuya serpenteante cola dibujó los surcos por los que se desparramó el Betis.

Pero como toda armonía se quiebra; un día en que Zeus, padre de los dioses, dirigió su vuelo hacia el Occidente llegó a sus oídos un leve rumor de su nieto Eros acerca de una joven bellísima que pastoreaba en las orillas del aurífero Betis. Seductor impenitente, no tardó en acudir en su busca, así cuando Zeus contemplo los

tersos pechos y largas trenzas de aquella beldad, llamada Ilipa, enloqueció de amor por ella, sin saber que era una de las Hespérides y por lo tanto servidora de su esposa, Hera, la de los níveos brazos.

Al llegar al Olimpo el eco del romance entre el dios de dioses y la bella Hespéride, Hera, lastimada en su orgullo y atravesada por los celos propios de un mortal, urdió, con la paciencia acostumbrada por los dioses, su venganza. Para ello, ésta, engañó primero a Céfiro, dios del viento del oeste, para que convenciera a Zeus y provocara fuertes lluvias que regaran su huerto y no se perdiera el fruto del árbol sagrado; mientras, aprovechando la codicia de Poseidón, dios del mar y hermano de Zeus, siempre deseoso de ampliar sus dominios, le pidió que aumentara el nivel de las aguas del mar, dando así origen a las mareas, lo que unido a las lluvias del interior provocaron una enorme inundación en el Jardín de las Hespérides en la que Ilipa perdió sus rebaños y sus posesiones quedaron anegadas.

Zeus, el que junta las nubes, enojado con su esposa y cansado de sus injerencias, ordenó a Betis que creara en el centro del Jardín, a orillas de su caudal y cerca del mar una isla con una pequeña elevación que estuviera bien aireada por los cuatro vientos y a salvo de nuevas inundaciones donde pudiera mantener con tranquilidad sus amores con Ilipa, de donde, por un lado, nació el cahíz de tierra más fecundo y bello del orbe, y por otro, se fue

llenando de inquietos y juguetones zagalillos que a la postre serían los fundadores de nuestra ciudad.

Zeus, para perpetuar este idilio con la bella Ilipa, convirtió a esa ninfa en la estrella que más brilla en el cielo, por eso, en algunas ocasiones, aparecen juntos en el firmamento asomados a los cuernos de la luna en uno de los más bellos espectáculos que ofrece la bóveda celeste.

Pero como los enredos del divino matrimonio no tenían fin, Hera, celosa con fruición, confundió a los hombres para errarlos y que creyesen que esa fulgurante estrella correspondía a otra deidad y no se perpetuara el recuerdo eterno de aquel romance.

Pero nosotros, hijos de Ilipa y del gran Zeus, que pisamos este sagrado suelo hemos mantenido el recuerdo de aquella historia gracias a un inspirado tallista que dejó grabado este motivo en nuestra milenaria moneda ilipense.

Como suele pasar con todo mito o leyenda, ahora ustedes son libres de darle credibilidad a este cuento que relata el origen de nuestro pueblo, pero si quieren dejar volar la imaginación aprovechen las escasas ocasiones en que podemos contemplar en el cielo una de las mayores sensaciones de equilibrio que nos ofrecen los astros cuando la luna en cuarto creciente es custodiada por los planetas Venus y Jupiter, como efectivamente aparece representado en las monedas de Ilipa.

Las tres edades

Largo

Andando el tiempo este solar se fue poblando de gentes diversas, y en las historias que se han escrito de nuestro pueblo, como de cualquier otro de antigua prosapia, se ha ensalzado y glorificado ese pasado como esplendoroso, y no seré yo quien lo niegue, no obstante habría que referir que los periodos de esplendor siempre se han conjugado con otros de miseria y desolación, si bien es cierto que los primeros invariablemente cuentan con más opciones que los otros de pasar a los libros de historia en letras doradas.

Pero hubo un tiempo en que soñar fue fácil…, soñemos pues con Ilipa Magna.

Imaginemos aquella mañana, clara y fresca, en que la brisa ayudaba a remontar el río a una embarcación en la que personas y cosas se apiñaban; en ella, como parte del pasaje, viene un mercader de aceite que acude a nuestra ciudad para cerrar lucrativos acuerdos comerciales. Ha escuchado hablar de la rica y pródiga Ilipa pero nunca la ha visitado. Sabe que rinden culto a la diosa Isis, sabe que en el suelo de su curia han representado el símbolo de la ciudad: cuatro cornucopias enlazadas como magnificación de su opulencia y riqueza, sabe que sus murallas son altas y recias, y que de su puerto parten aceite y trigo no solo a Roma sino hacia todo el Imperio, sabe en suma que está ante

una de las más importantes ciudades de la próspera Bética, pero todo eso queda olvidado cuando la embarcación tras circundar el último meandro se enfrenta a la fastuosa imagen de la ciudad de Ilipa, y ya entiende porque la llaman Magna. Encuentra un inexpugnable recinto amurallado sobre el que sobresalen las diversas gamas de blanco de los mármoles de sus colosales edificios, su puerto está rebosante de actividad y abarrotado de naves como la suya que transportan mercancías que esperan apiladas para dejarse llevar por las aguas del río; tras franquear sus murallas queda maravillado por la suntuosidad de sus templos, mansiones y termas, el apabullante foro rodeado de edificios majestuosos y la algarabía de sus habitantes, una mezcla entre lo autóctono y lo foráneo, que ha dado lugar a una gente abierta, creativa y tolerante que se enorgullece de su ciudad y que trabajan para alcanzar la felicidad y el bienestar.

Pero el momentáneo sueño se rompe y el tiempo que dio lugar a esa ciudad, que podría considerarse como la edad de oro de nuestra población, ya nunca volverá, de hecho nunca más hemos podido llamar ciudad a este solar.

Pero volvamos a dejarnos llevar por el sueño y divaguemos con otras épocas en la villa de Alcalá del Río…

Quizás un día cualquiera del siglo XVI, o mejor, el día que la visitó Andrea Navagero, embajador de Venecia, antes de terciar por primera vez el siglo de los descubrimientos, cuando la inmediata

Sevilla estaba asistiendo a su época de mayor prosperidad al haberse convertido en la capital económica del imperio español.

Era una tarde soleada y fría de invierno, el veneciano cruzó el río en barca y los recuerdos de su ciudad se precipitaron al ver la actividad que se congregaba en sus orillas, calafates afanados en sus labores, pescadores bajando de sus barquichuelas la cosecha de sus redes, mozos cargando sacos de trigo en las barcazas que lo llevarían hasta la urbe hispalense para saciar los apetitos de tantas bocas ansiosas. Al dejar atrás la cruz, donde unos tratantes de ganado cerraban sus acuerdos, contempló la figura elegante de la torre de su iglesia que se elevaba sobre el caserío circundante para extasiarse con el paisaje como atalaya privilegiada, en el pórtico del templo encontró a una marabunta que dejaba pasar las horas mientras llegaban noticias favorables que le permitieran alcanzar las Indias y poder trocar su mísero destino. Entre ellos vio a los artistas que embellecían sus templos y ermitas, favorecidos por los pudientes clérigos locales que pugnaban entre ellos por alcanzar la perpetuidad de su memoria legando a los siglos venideros bellas obras de arte. Abandonado por el sol, con la premura que le imponía la noche, el pueblo acogió las interminables filas de jornaleros que ponían fin a otra prolongada jornada de trabajo, dando paso al silencio solo roto por el tañido de las campanas de la torre, que anunciaban vísperas de fiesta mayor.

Sin duda podríamos llamar a este momento, en correspondencia con el anterior, la edad de plata de Alcalá del Río; pero también de ese sueño se despertó y vendrían de nuevo tiempos difíciles para nuestro pueblo.

En continuar o no con la tradicional clasificación y buscar la tercera edad está la disyuntiva. No faltarían momentos de la historia de nuestro pueblo que pudieran completar este relato, aportando épocas de grandiosidad o de penuria, pero si hemos dejado divagar nuestras mentes hacia el mundo de los sueños, dejemos esa opción dispuesta para el futuro, siempre quedará tiempo para dar inicio a una nueva ilusión, soñemos con que el porvenir vuelve a sonreír a Alcalá y a su gente, y, a ser posible, que todos los aquí presentes podamos dar testimonio de ello.

Las tierras labrantías

Recitativo forte

A ti, antigua Ilipa, te cambiaron el nombre los moros para llamarte Alcalá del Río. He hollado tu suelo, he bebido tus aguas, he olido tu monte y he visto salir el sol bajo las aguas de tu río; ahora, tengo dudas de cómo llamarte, si Alcalá, Ilipa o tan solo vergel de los dioses.

Así como amanece un nuevo día, los primeros rayos de sol van dibujando la serpenteante figura del río en las aún sombrías tierras de tus opulentos campos.

Como cicatrices que recorren tu piel se van despejando los antiguos lechos por los que hace siglos bajaron las aguas del ahora manso otrora iracundo Guadalquivir.

Estos predios y heredades regados por inmemoriales caudales y de una feracidad suprema han sido codiciados a lo largo de los tiempos por todos los pueblos que a ti han acudido y a los que tú has acogido.

Como espinal dorsal que atraviesa tu cuerpo, el río se arrastra por tus tierras calmas, acarreando piedras para tu fortaleza y remontando desde el mar la sal civilizadora.

Guadalquivir, he metido los pies en tus turbias aguas y he sentido el peso de la historia que soportas, la crueldad con la que la naturaleza te ha tratado, las riquezas que has dado a algunos y los panes que dejaste para muchos.

Por tu lomo, río sagrado, han subido con aviesas intenciones unas veces, otras con honradas pretensiones, pero siempre dando carácter marinero a tierra tan interior.

Tú, nunca has abandonado a Alcalá, siempre has besado con tus aguas sus primeras casas y has invadido sus campos cuando te ha apetecido. Te apoderas de lo que es tuyo sin rubor.

Por tus aguas, Padre Betis, han circulado las esperanzas y los anhelos de todos los alcalareños; ellos te han rendido pleitesía y tú has renombrando a este pueblo.

Alcalá, a tu río le han cantado todas las épocas: los clásicos latinos, los árabes elegantes, los cultos del Renacimiento, los barrocos consagrados, los ardorosos románticos y los poetas contemporáneos; todos han caído rendidos ante sus encantos, incluso tú, que te miras sin descanso en el espejo de sus límpidas aguas.

Caminando por tus calles, Alcalá, atisbo por encima de una tapia baja entejada, cómo, sobre el brillante cielo azul, se recorta la

silueta de tu torre, acariciada por un racimo de azahar, y pienso que en tu suelo alcanza su plenitud la primavera.

Nunca has sido ingrata con tus hijos, les has dado el suelo para vivir, la tierra para comer y el agua para beber; ¿pero, acaso, nosotros te hemos correspondido…?

Hacia Poniente tus lomas se ondulan en busca del sol, tierras ubérrimas que ora verdean ora se agostan, pero siempre ofrecen generosas sus frutos.

Al contemplarte desde tus cerros, mi vista excede a mis palabras, como cuentas de un rosario y prolongación de tu caserío, se desparraman por tus campos las jóvenes pedanías: San Ignacio, intrincado laberinto iniciático que coquetea entre sus arcos y callejas, Esquivel, abanico modernista que se abre al viajero, desde tu balcón se divisa el campo de batalla que marcó la historia de este pueblo, y como barbacana alcalareña en otros dominios, El Viar, para contemplar desde su campanario tus inagotables campos.

El sol se cuela por las esquinas de tus calles queriendo permanecer por más tiempo en tus rincones, pero ya le llega su hora diaria, ahora debe dejar que triunfe la penumbra.

Ya se marcha el que todo lo alumbra y el cielo se tachona de luces y ahí se queda Alcalá, vanidosa y soberbia, convertida en una candileja que orienta al río.

Alcalá,
hueles a azahar y a salitre, a frescura en tus riberas y a sofoco vespertino, a siglos y a mocedad,

sabes a palodul y a mora, a barro cocido y a plata cincelada, a cera en tu empedrado y verdina sobre tus tejas,

te veo calmada en tus vegas y abrupta en tus cerros, alcanzando en tus reviejos la ancianidad y rejuveneciendo en tus retoños,

acaricio tus aguas y se rompe el espejo en el que te contemplas, se te eriza la piel cuando el arado te peina,

escucho tu fervor y tu júbilo, cómo se rompe el silencio de la noche al despuntar el alba y cómo ruge tu río cuando traslada la fiereza de la sierra al mar…

Famulus Dei

Narrativo jocoso

Consta por escritos pretéritos que Gregorio, del cual se conserva su lápida sepulcral, fue santo del siglo VI, en los tiempos que estos campos estaban dominados por los visigodos y habitados por la población autóctona hispano-romana. Sobre este asunto, el de su santidad, se han vertido ríos, mares, incluso océanos de tinta, y se seguirán vertiendo porque el asunto para muchos no deja de tener interés, que como ya se dijo:

Oscurecen las historias cuando se adentran en el túnel del tiempo, mas allí resplandecen gozosas al rememorar sus logros.

La llama viva del ilustre varón que alumbra Alcalá del Río hace mil quinientos años sigue ardiente en el corazón de sus compatriotas y devotos.

Tan así es, que la imagen de San Gregorio es un referente en las vidas de los alcalareños y desde que los hermanos Merchante, en pleno barroco decadente, le dieran una iconografía propia, sus representaciones evocan, en líneas generales, a un varón de edad media que aparece plácidamente sentado en actitud receptiva y contemplativa, de aspecto sereno y sosegado y mostrándonos sus cultos atributos, una pluma y un libro, que como ya otros han tenido ocasión de referir anteriormente parecen más propios del

ilustrado siglo XVIII que de la tosca antigüedad. Considerado por sus hagiógrafos como firme defensor de la doctrina católica contra la herejía arriana por su docta inteligencia, hay otro elemento de su iconografía que llama la atención que en estos tiempos de excesiva corrección no haya provocado ningún conflicto, y me refiero a aquellas representaciones del santo en las que aparece con dos cabezas decapitadas a sus pies, que no sabemos bien si serán de arrianos o de musulmanes, por los turbantes con los que los desdichados estaban tocados.

Pero no es ese el motivo que nos reúne aquí, solo que nos conviene recordar que San Gregorio de Osset es el patrón de Alcalá del Río y que en torno a la celebración anual que se le dispensa se celebran estas fiestas patronales que me están tocando pregonar en este año.

En ese sentido, es incuestionable la familiaridad, naturalidad y afecto que se tiene en Alcalá del Río hacia su santo patrón, si bien determinar las causas de ese trato puede revestir mayor tarea. Una de ellas, puede ser el hecho de compartir el paisanaje con sus devotos, caso que, a pesar de no ser único, tampoco es muy frecuente, y eso puede facilitar la cercanía.

Otra causa, puede ser lo controvertido de su santidad, el no constar en santorales y las dudas que a lo largo de los tiempos han tenido desde las jerarquías eclesiásticas sobre las pruebas que refutaran la misma, todo ello ha podido fraguar en los alcalareños

un sentimiento solidario hacia nuestro patrón. En definitiva, sea por estas o por otras razones, podemos convenir que tenemos un santo patrón singular y privativo, lo cual lo ha acercado especialmente a sus convecinos, tanto que algunos osados han llegado a permitirse algunas licencias y abusos de confianza que siempre nacen, eso sí, del profundo aprecio y del más familiar de los respetos.

Con todo ello, y en ese ambiente de cordialidad afectiva que se le ha dispensado, se han ido configurando en torno a nuestro patrón diversas leyendas que han servido para aumentar más el aprecio hacia él.

Como aquella, recuerdo de mi infancia, con la que se atemorizaba a los niños a verse desposeídos de la rica bola de algodón dulce o excluidos del disfrute de alguna atracción ferial si por su mal comportamiento eran inscritos por nuestro patrón en su libro; pudiendo dar yo en este momento claro testimonio de la ejemplar conducta de la infancia alcalareña ya que en el libro de San Gregorio no figura nombre alguno de niño o de niña sino que aún sigue nuestro protector pergeñando el primer capítulo de su libro…

O aquella otra, seguro que conocida por muchos, y que ya parece tener tantas versiones como narradores aparecen de ella, en la que se inmiscuye a nuestro santo en líos poco decorosos con su vecino serrano San Benito a cuenta del supuesto romance entre éste y Santa Verania, la hermana de San Gregorio. No pongan

empeño en dilucidar el entuerto, nunca estuvo por estas tierras el italiano fundador de los benedictinos, y de Santa Verania no nos queda más testimonio que el que gustosamente paseen su nombre algunas de nuestras vecinas.

Llega a más la cosa, cuando algunos cuentan, que en cierta ocasión, estando ya establecida la feria en el Paseo Juan Carlos I, un grupo de jóvenes, dejados llevar por los ímpetus juveniles y los lógicos efluvios dominantes de la época, pretendieron llevar al patrón, en su paso y el mismo día de su festividad, a un, en esos momentos, desolado Recinto Ferial; pero nada ocurrió, solo el amago y la intención, que provocó el lógico susto del beaterio circundante. Desde entonces los artífices de aquella juguetona tentativa esperan recibir de San Gregorio y de la Santísima Trinidad el justo perdón para su burlón atrevimiento.

En conclusión, que a nuestro perpetuo escriba, y a pesar de estas simpáticas anécdotas, se le profesa gran estima en el pueblo y como muestra tenemos que desde hace unos 250 años se le dedican unas fiestas patronales, que a pesar de tanto vaivén y de tanto dime y direte, no hay motivos para pensar que dejen de serlo, y eso ya tiene mérito, ¿no creen?

Septiembre

Narrativo

Un año más los frutos de nuestros campos han vuelto a tomar el color ambarino que señala la decadencia de su efímera existencia; la luz del atardecer, que cada día se escapa unos minutos antes, dibuja sobre las nubes dispersas en el occidente una secuencia imposible de colores interminables que son absorbidos inexorablemente por la penumbra anterior a la noche cerrada; el viento de poniente, que arrastra esas nubes emborronando el cerúleo cielo estival, ya es, cada vez más, compañero de jornada y nos trae pavesas volanderas a modo de recordatorio de que la cosecha ya se ha recogido.

Esas señales son indicios y anuncio de que algo está cambiando, de que se acerca el fin de un periodo, de una estación; se acelera el final del verano y Alcalá del Río se prepara para celebrar sus fiestas patronales.

Pero no es baladí la cuestión de la fecha, ya que teniendo nuestras fiestas el carácter de patronales, se hubiera podido dar la curiosa circunstancia de tener que celebrarlas en la primera semana de febrero, que es la fecha correcta del fallecimiento de San Gregorio, según se indica en su lápida y siendo esa, por otro lado, la única data concreta que tenemos de su biografía. Todo se debe a un error cometido por los eruditos que se encargaron de realizar las

primeras traducciones de su epitafio, y que donde debieron leer 4 de febrero leyeron 9 de septiembre, a cualquiera le puede ocurrir. De tal modo que este desliz arraigó rápidamente tanto en la tradición culta como en la popular, por eso, quizás, cuando se percataron de la equivocación ya era demasiado tarde para cambiar ese hábito, que ya sabe lo complicado que es trocar este tipo de costumbres, lo que a nosotros, por otro lado, nos ha permitido disfrutar de nuestras fiestas en una época más agradable que las frías tardes de febrero.

Desde otro punto de vista, se ha hablado mucho de la correspondencia que existe entre la fecha de nuestras fiestas y el ciclo agrícola, coincidiendo con la época de cosecha; por lo que a mí respecta tengo dudas sobre esa relación, pero no podemos negar que durante mucho tiempo ha existido una simbiosis perfecta entre ambos motivos.

En la actualidad, estas fechas en las que ya estamos inmersos nos evocan otro tipo de consideraciones, en primer lugar, y por el uso de la costumbre, el comienzo del curso escolar nos hace pensar en septiembre como el inicio del año a efectos prácticos, es un mes de proyectos, de elaboración de presupuestos, de planificación de una nueva etapa de nuestras vidas; pero antes de todo esto el alcalareño tiene una cita ineludible, la feria de septiembre, la fiesta patronal.

Una fiesta para el pueblo

Narrativo forte

Una vez que hemos discurrido acerca de los pilares sobre los que se asientan, y que posibilitan nuestras fiestas, como son el lugar, el inviolable solar de nuestro pueblo, el momento, las primeras semanas de septiembre y la motivación, la celebración anual del patrón; habría que comentar algo sobre las fiestas en sí. Y seguro que se habrán dado cuenta que he preferido utilizar la expresión de fiestas patronales, mucho más amplia e inclusiva, que la de feria, que tan solo se refiere a una parte de ellas.

Y es que en nuestro pueblo en estas fechas no solo se celebra una feria, tenemos unas fiestas patronales con una especial singularidad y complejidad, que teniendo un origen de celebración litúrgica con el paso del tiempo se han ido acrecentando, diversificando y, en cierto modo, desacralizando.

Ya es bien sabido, que sus orígenes ciertos se pueden rastrear desde mediados del siglo XVIII cuando los hermanos Merchante regalan una celebración barroca fastuosa a su pueblo al que seguro causó el pasmo y la admiración y en las que ya se podían entrever algunos de los elementos esenciales que se han perpetuado hasta nuestros días.

De tal modo, se puede confirmar que estas fiestas no han perdido nunca el carácter devocional y de fiesta patronal, gravitando

siempre los días feriados en torno al invariable 9 de septiembre, cuando culminan sus cultos y el patrón procesiona por las calles del pueblo.

Cuentan estas fiestas, por otro lado, con una feria, entendida en el sentido moderno de la acepción, con casetas particulares que se instalan en un recinto provisional, desde al menos hace 50 años, como así fue puesto de manifiesto el año pasado al conmemorarse el primer cincuentenario de la decana de sus casetas, la de Los Estronaos, a la que poco a poco se fueron sumando otras, aportando cada una sus particularidades que dan color y diversión a la feria.

Lo mismo ocurre, tratando ya de otro asunto, con el pregón, que desde hace 27 años sirve de pórtico a estas fiestas. Surgido en el ambiente propicio que se dio en los inicios de la década de los años 80 del siglo pasado y fruto de la estrecha colaboración entre los nuevos ayuntamientos democráticos y la Fundación Marcos García Merchante, actualmente forman parte indisoluble de la fiesta.

El primer pregonero fue un foráneo (algo también muy alcalareño, si me permiten comentarlo), a partir de él hombres y mujeres de Alcalá han subido a este atril para dejar lo mejor de sí mismos y alabar, cantar y exaltar nuestras fiestas, en pregones que primero se fueron al mismo Recinto Ferial y después han ido alternando entre el Calvario y la Plaza de España, pregones que comenzaron

coincidiendo con los días de feria y que después pasaron al domingo previo, pregones con coronación de reina de las fiestas o sin ellas, pregones con más o menos himnos, que todavía puede estar esperando de pie aquel cura principiante…, en fin, muchos pregones que solo con ver su relación me causaron vértigo al tener que acometerlo yo este año, lo puedo asegurar.

También cuentan nuestras fiestas con 30 números de una muy digna Revista, que es escaparate de sus comercios, ágora para sus letraheridos y ocasión de lectura comunitaria anual de sus vecinos. Es cierto que este año no la hemos podido tener entre nuestras manos, al menos en la versión de papel, teniéndonos que conformar con la versión digital, esperemos que el año próximo podamos volver a tenerla en ambos formatos y que además de eso la leamos todos, que es lo más importante….

Otro de esos componentes que han formado parte de nuestras fiestas desde sus orígenes ha sido la presencia del mundo del toro, a través de diversas manifestaciones: corridas de toros, becerradas, encierros o los toros del aguardiente, lo cómico y lo serio, en estampas que parece que difícilmente se vuelvan a ver en nuestros días…

Muchos otros ingredientes podrían incluirse en esta relación: el cante y el baile, los paseos de caballos, el concurso de carteles, las actividades deportivas, la pirotecnia, las animaciones de calle y otros, que por lo limitado de la ocasión, no podría pormenorizar.

Pero lo verdaderamente importante es que sería deseable que esas facetas que dotan a las fiestas de carácter propio y diferenciador, y otras más que pudieran ir surgiendo, se potenciasen para que sigan enriqueciendo y manteniendo los matices que la han convertido en unos festejos participativos, variados y atractivos a lo largo del tiempo, y así evitar caer en la simplificación mercantil y la homogeneización socio-cultural que nos rodea.

Y no quieran ver en esto atisbo por mi parte de sentimentalismo o melancolía, que ni siquiera tengo edad para ello, al contrario, creo que la fiesta es ecléctica, y en ese sentido une lo tradicional con lo moderno sin ningún problema. La fiesta va unida a la vida humana, es manifestación externa de su propia interioridad, y como tal es fiel a cada momento en que vivimos: habrá tradiciones que se pierdan para que todo siga igual e innovaciones que en unos pocos años se habrán hecho tradicionales.

Encaja perfectamente como ejemplo para esta cavilación el caso, cercano a todos, de El Bidum; hace unos 20 años un grupo de chavales ponen en marcha una iniciativa para aliviar la monotonía de la tarde del sábado de feria, que supuso una innovación tan atractiva que al poco fue profusamente imitada por otros paisanos con lo que nuestra feria a finales de la centuria pasada ganó en colorido, imaginación y frescura, a tanto llegó el movimiento que a los pocos años la oficialidad se apropió del evento apareciendo a partir de ahí en el programa de fiestas, ya denominado, como tradicional; ahí lo tienen. Sin embargo, esa iniciativa ya

generalizada en nuestra feria ha tenido una evolución propia que la ha llevado hacia diferentes manifestaciones, que probablemente algunos ya consideren innovaciones que hacen perder al bidum su esencia tradicional, ahí lo vuelven a tener.

Otro asunto para el que quiero aprovechar la ocasión es para comentar la desaparición, no sé si ya de forma permanente, de una fiesta que estuvo unida a mi infancia y que, a mi entender, inexplicablemente se ha perdido, como es la celebración del 16 de julio, festividad de la Virgen del Carmen, fiesta local de nuestro pueblo hasta hace poco, con amplia vocación marinera y fluvial y que con su elección de la Reina de las Fiestas ponía un toque de color, además de dotar de contenido, al prolongado y soporífero verano alcalareño, y que, por otro lado, permitía que la belleza reinara en esta noche del pregón en que eran las reinas coronadas en este mismo escenario con lo que, si obtengo el permiso de mis acompañantes, puedo decir que es obvio cuánto hemos perdido, en lo que a belleza se refiere, quiero aclarar.

Para cerrar este argumento, me gustaría terminar expresando que sea con elección de Reina de las Fiestas, o de Rey, o de Flamenca Mayor, con paseo de la Virgen del Carmen por el río, aunque sea en una barca menos ostentosa que aquellas usadas cuando nos encontrábamos en atalayas de comodidad que hoy en día no podemos volver a alcanzar, o con cualquier otro elemento que se estime conveniente, no creo que abandonar una fiesta imbricada en el colectivo mental de un pueblo para añadir un día de

descanso o resaca a la feria sea lo más conveniente, además de que nos conduce a una estandarización lamentable y poco edificante, porque los tiempos cambian pero no el sentido de las cosas.

Pero voy a dejar de meterme en jardines de dificultosa salida, y volveré a la realidad inmediata. Es probable que este año nuestra feria esté menos concurrida que en años anteriores, es lógico, la situación económica de muchas familias de nuestro pueblo impide destinar los exiguos recursos con los que cuentan hacía opciones fácilmente prescindibles; pero no será la primera vez que nuestras fiestas hayan pasado por malos momentos, por lo que hay que mantener la esperanza en que pronto cambie el contexto, y en esa espera nuestra feria no debe perderse.

Hemos vivido en los últimos años en un dinámica de consumismo voraz que quizás nos haya hecho perder muchos puntos de referencia; la feria es participativa e imaginativa, seguro que sabremos poner buena cara al mal tiempo y conseguir que primen el disfrute con los amigos y la alegría de compartir buenos ratos con la familia; si en estos días estamos reconsiderando tantas cosas, quizás también podamos reconsiderar la forma de afrontar la feria y tener presente que lo más importante es la voluntad de sus actores, los alcalareños y aquellos que nos visitan, para posibilitar que la feria sea un escenario de diversión y regocijo.

Tres mil años de historia te contemplan

Narrativo engolado

He desgranado a lo largo de esta alocución algunas de las épocas de la ya trimilenaria historia de nuestro pueblo, espero no haber abusado de ello, ya que así me lo propuse al comenzar a confeccionar este pregón, pero esa historia a la que aludimos en multitud de ocasiones con el pecho henchido de orgullo nos debe servir, ahora más que nunca, para analizar con sus enseñanzas el presente y prepararnos para el porvenir.

Actualmente Alcalá del Río y sus pedanías: San Ignacio, Esquivel y El Viar, viven unos duros momentos tras el apacible y traicionero sueño inmobiliario, el paro recuerda el de hace ya muchos años, nuestras empresas duermen el sueño de los justos, la industria adolece, la agricultura está más pendiente de las ayudas que de su necesaria modernización, los servicios públicos, dentro de la dinámica general, están retrocediendo.

Hace falta un revulsivo, Alcalá del Río tiene que, siendo consciente de los errores cometidos, admitir la dureza de los tiempos actuales e iniciar una nueva senda de progreso y desarrollo, para ello debe dejar a un lado los intereses particulares, los partidismos y la división perpetua, y marcarse como el principal objetivo la mejora de las condiciones de vida de sus habitantes.

Por ello conviene recordar en estos tiempos de cruda realidad socioeconómica y de aturdimiento informativo, que ahora es cuando más hay que pensar que la cultura es alimento de vida incontestable, que hay que aferrarse a ella y a lo que nos proporciona con más fuerza para evitar volver a caer en el engaño, en el enfrentamiento y en la codicia de los placeres mundanos, y aspirar a ser buenos gestores de nuestra libertad y a saber prepararnos para los mejores tiempos.

Sueño de una noche de finales de verano

Recitativo largo

La noche buscaba su fin, la feria se preparaba para descansar tras jornadas de contumaz ajetreo, pero aún quedaban entre sus calles y casetas algunos que se resistían a esperar un año entero para volver a disfrutar de sus encantos; entretanto, su recinto es abandonado por una joven pareja que busca la ribera del río para dar un último paseo y discurrir sobre cuestiones que solo el dios Eros podría descifrar.

Sus pláticas amorosas se vieron sorprendidas por un formidable resplandor que se insinuaba en el horizonte; el combate diario entre la noche y el día estaba a punto decantarse, como siempre, a favor del reino de la luz.

Pero aquella noche de finales de verano, aquella noche en que las fiestas de Alcalá del Río llegaban a su fin, nuestros jóvenes enamoradizos se vieron sorprendidos por un espectáculo astral único, fabuloso para sus ojos, aunque desconocido para su intelecto.

Venus, la estrella que resiste al día y anticipa la noche era cortejada por Júpiter, en presencia de una luna en cuarto creciente; como cuenta la leyenda acerca de un hecho mitológico

que tuvo lugar por estos lares y que en su recuerdo se recrea cada cierto tiempo en la bóveda celeste.

A esa conjunción astral se une un fulgor resplandeciente que surge de la tierra, tras el que vemos a Hesfesto, dios de la forja, que con férrea decisión excita su fragua, para volver a perpetuar en noble metal el idilio magnífico que se representa en el cielo y cómo se renueva persistentemente con el estallido del frenesí terrenal.

De nuevo en nuestro suelo se vuelven a dar la mano el mito y la realidad, y nuevamente está a vuestra consideración el darles o no credibilidad, pero tuviese el final que tuviese esa última noche de feria para nuestra joven pareja que ahora se dedica a lo que la edad les solicita, en ellos se encuentra la esperanza y el destino de nuestro pueblo.

Ah, Ilipa milenaria, deja ya de ser un viejo barco varado en las arenas de los siglos y retoma la singladura que te lleve al destino perseguido por todos tus hijos.

Muchas gracias.

De esta Sinfonía Ilipense,

pregonada en septiembre,

impresa en octubre

y deseosa de ser leída en todo momento

se han impreso 100 ejemplares

para solaz y disfrute

de sus justos poseedores.